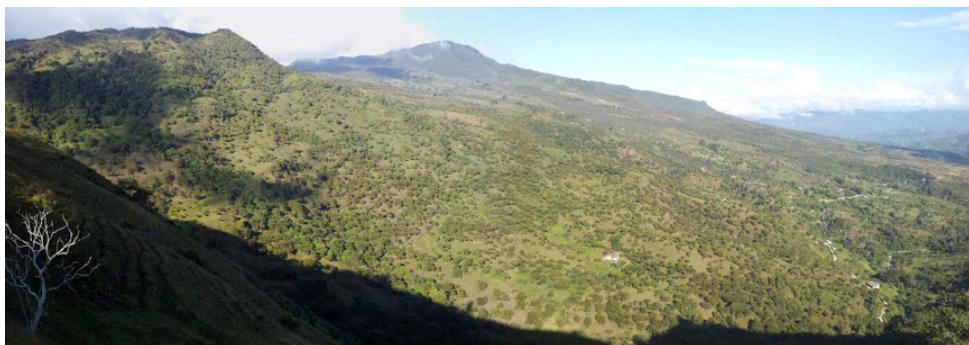


Un escrito del siglo XIX sobre el combate de Chorros Blancos



Alto Boquerón entre Yarumal y Campamento. Fotografía Luis Fabián Berrio, s.f.

El año de 1876 representa un hito significativo en la historia de José María Córdova. En efecto, en ese año se publicaron las primeras biografías del general debidas a la pluma de Juan C. Llano y de Federico Jaramillo Córdova. También en ese año vio la luz en la Revista de Antioquia un artículo suscrito por Mariano Callejas y Mejía, al cual tituló “De viaje – Episodio histórico”¹.

No conozco mayores detalles sobre el autor, salvo que militaba en el partido conservador, que pasó su infancia en Yarumal, pueblo del que tal vez era oriundo, y que, según Javier Mejía Cubillos (*Diccionario biográfico y genealógico de la élite antioqueña y viejocaldense*, página 181) formó parte de una junta de élite convocada por Daniel Aldana, siendo Presidente de Antioquia, para hacer acuerdos con la Iglesia (1877).

Refiere el señor Callejas que el año citado volvía a su casa paterna en compañía de un amigo, después de un año de ausencia, tal vez en el vecino pueblo de Anorí, lugar donde está fechado el escrito.

Habían pasado la noche a cuatro leguas (veinte kilómetros) de distancia de Yarumal. Pasaron por Campamento y cogieron el camino real que unía a esta última población con el lugar de su destino, camino que pasaba por el volcán del Chimborazo y el alto Boquerón.

Entre amables digresiones le dice el autor a su amigo: “Mira hacia abajo; el río Nechí se desliza suavemente al pie de las lomas que están a sus márgenes, por entre tupidos y verdes cañaverales. En la mayor parte de su curso es un torrente. Aquel riachuelo que vemos casi al frente, y un poco hacia la izquierda le tributa sus aguas, es el San Alejandro; más abajo le dan las suyas el Tenche y algunos otros de pequeña consideración. De aquí dominamos también las innumerables colinas y los campos de los pueblos de Angostura, Carolina, Amalfi e Higuerón, y por entre la bruma vemos también la cresta del San Bartolo, pequeño volcán apagado hoy, según el decir de las gentes”.

Mientras esperaban que les prepararan el almuerzo en la finca Bellavista, el narrador se demora en descri-

¹ La crónica de Mariano Callejas y Mejía puede consultarse en Google Books.

bir el acontecimiento que tuvo lugar en aquellos parajes cosa de medio siglo atrás: “Aquel torrente que en borbotones lleva sus aguas al Nechí, es Chorros Blancos. Allí se libró un combate en que el denodado general José María Córdova, terror de las huestes españolas, puso en fuga los batallones que estaban a órdenes del coronel Warleta. Pocos días antes las fuerzas de don Carlos Tolrá que ocupaban a Medellín habían huido al nordeste del Estado, espantadas por el solo nombre de tan ilustre como malogrado jefe. Una columna de poco más de 400 reclutas bastó para desorganizar la de Warleta. Córdova era a la sazón teniente coronel efectivo; y el renombre de sus hazañas y su espada valían por un ejército. Los españoles ocupaban aquella eminencia que está a la derecha de Chorros Blancos; los patriotas ocupaban el bajío de la margen izquierda, posición desventajosa; pero ante la bravura del hombre que inventó más tarde en el campo de Ayacucho la inmortal proposición de «Paso de vencedores», desconocida hasta entonces en el lenguaje militar, expresión sublime del entusiasmo, todo debía ceder”.

A continuación, el autor refiere la conseja de que Córdova se sentó en una enorme piedra en forma de cono, junto a la cual había un guayabo lleno de fruta, y en mangas de camisa se puso a comer guayabas durante lo más fragoroso del combate, mientras las balas enemigas acribillaban su chaqueta, colgada del arbusto. “Jamás he creído esto; Córdova no era hombre de entretenerse en comer cuando el enemigo disparaba sobre él”, dice Callejas. Ciertamente es que no participó directamente en la acción

porque todavía resentía los efectos de la caída de su caballo en la Plaza Mayor de Rionegro, accidente ocurrido el 28 de diciembre anterior. Pero Córdova no era hombre de ponerse a comer guayabas, uchucas o mortifios mientras sus soldados se jugaban el pellejo bajo sus órdenes. Aun en vida suya le inventaban patrañas peregrinas, estultas o atroces. Concluye el autor su crónica con una fábula que pretende ser dramática e incluye varios detalles igualmente inverosímiles, en la que un soldado patriota le da muerte, en circunstancias semejantes al asesinato del general Córdova luego del combate de El Santuario, a un español que se había refugiado en la casucha de un campesino ya anciano. Frecuentaban la humilde vivienda varios niños de Yarumal, entre ellos el que con el correr de los años llegaría a ser abuelo de Callejas y le contaría estas cosas. Vivía el campesino hacia el noroeste del campo del combate, en “un recuesto que en su parte baja termina por una pequeña meseta”. Dos páginas más adelante, el narrador revela que el lugar del recuesto se llama Mortiñal.

Este escrito revela que cincuenta y seis años después del combate de Chorros Blancos todavía se conservaba, un tanto distorsionada por el tiempo, la memoria del lugar y las circunstancias de la acción de armas, salvo alguna que otra omisión, como la silla de manos en que portaban al gobernador, el camino real defendido por Warleta o el número de efectivos de la Corona, entre otras. Casi cuarenta y cinco años después, dicha memoria se había perdido por completo, a tal punto que cuando las escuelas de los municipios de Yaru-

mal, Angostura y Campamento quisieron erigir un modesto monumento para conmemorar el primer centenario de la acción “escogieron el [montículo] más cercano al Nechí, cerca de la desembocadura de la quebrada de Chorros Blancos, parece que por confluir allí los tres municipios más que por tener certeza de haber sido ése el lugar preciso del combate” (padre Javier Piedrahíta Echeverri, *Monografía de Chorros Blancos*, Imprenta Departamental, Medellín, 1972, pág. 78). El 22 de marzo de 1944, la directora de la escuela rural Chorros Blancos de Yarumal, Miriam Wills, le escribió a don Marceliano Posada solicitándole “algunos datos históricos” sobre el combate. (La carta se conserva en la Sala Patrimonio Documental de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia.) La sabrosa crónica de Callejas confirma que el combate se libró en el alto Boquerón, a orillas de la quebrada Chorros

Blancos, en jurisdicción del municipio de Yarumal.

No obstante, el documento más importante que sustenta este aserto es, a no dudarlo, el Diario de la División de Antioquia, firmado de puño y letra por gobernador José María Córdova, documento que reposa en el Archivo General de la Nación (Gobernaciones varias, tomo I, folio 182).

Doy gracias de todo corazón a Leticia Bernal Villegas por haberme revelado esta breve joya de la temprana literatura yarumaleña. Lamento no haberla conocido antes para incluirla en la antología que, bajo el título de *José María Córdova, entre la historia y la fábula* me publicó el Fondo Editorial Eafit en 2002, bajo la dirección de la citada Leticia Bernal Villegas, y en 2007, en edición de lujo auspiciada por Héctor Abad Faciolince. Pero, como dice el famoso refrán, “más vale tarde que nunca”.



El combate de Chorros Blancos. Óleo de Juan Múnera, 2010. Academia Antioqueña de Historia.

HUMBERTO BARRERA ORREGO: Licenciado en filosofía y letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor, traductor, editor. Ex secretario general de la Academia Antioqueña de historia.

Ha publicado entre otros los siguientes libros: *José María Córdova, entre la historia y la fábula*. Compilación, prólogo y notas de Humberto Barrera Orrego. Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2008; *La leyenda negra de José María Córdova y otros ensayos*. Medellín, autor – editor, 2013; *Marcelo Tenorio. Confesión de un viejo faccioso arrepentido – Refutación a Florentino González*. Edición de Humberto Barrera Orrego. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2016, y *Rensselaer van Rensselaer. Cartas desde la Nueva Granada*. Traducción y edición de Humberto Barrera Orrego. Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2010.